

¿Y si Dios nos diese su Corazón?



*Jerusalén, Basílica del Santo Sepulcro,
Icono de Cristo en el Calvario*

Queridos Hermanos y Hermanas Cistercienses, este año os mando una “Carta de Cuaresma” en lugar de una “Carta de Pentecostés”, porque el tiempo de Cuaresma, como nos dice san Benito, es más oportuno para leer y meditar, y el período después de Pentecostés es para muchas comunidades, sobre todo las que tienen trabajos de tipo educativo y pastoral, un tiempo de “fin de año” ya bastante ocupado.

Pero sobre todo me mueve a ponerme en contacto con vosotros sin esperar demasiado lo que he experimentado durante una peregrinación a Tierra Santa, que he tenido la gracia de vivir entre los días 30 de diciembre de 2014 y 9 de enero de 2014, gracias a la acogida fraterna y generosa de las comunidades franciscanas que custodian los santos lugares de la vida del Señor.

El hilo y el vacío

Nunca había tenido la oportunidad de visitar Tierra Santa. Por tanto, fui llevando dentro todo lo que han suscitado en mí estos tres años como abad general, y, evidentemente, teniendo muy presente en el pensamiento y en la oración a las comunidades de nuestra Orden, con sus alegrías y sus sufrimientos. De mis frecuentes visitas a nuestras comunidades – y todavía no he conseguido visitarlas todas – recojo una creciente incerteza sobre dónde nos llevarán los próximos años y decenios. A menudo, lo que suscita en nosotros las más hermosas expectativas es aquello que después más nos desilusiona, mientras que aquello de lo que humanamente esperamos poco o nada se revela como algo increíblemente fecundo. Con frecuencia, las realidades aparentemente más frágiles son también aquellas a las que el Señor pide más, “tentando” con diversas pruebas y amenazas externas e internas su misma supervivencia. Me parece que vivimos un poco como suspendidos en el hilo de la esperanza, aún más, que caminamos sobre él, y caminar sobre un hilo es solamente posible si nos concentramos sobre la solidez del mismo hilo y no sobre todo lo que amenaza con hacernos caer en el vacío.

Nunca he caminado sobre un hilo suspendido en el aire – ¡pienso que no estaría aquí escribiéndoos! – pero imagino que todo el arte de los funambulistas consiste en superar el vértigo, por lo tanto, el miedo al vacío. El vértigo es el temor a caer, a no tener apoyos seguros y, por lo tanto, que el vacío nos pueda poseer más que aquello a lo que nos adherimos. El funámbulo para continuar y no caer en el vacío, tiene solo el hilo para adherirse, pero se adhiere tan bien a él, y tiene tal confianza en su solidez, que el hilo le basta para caminar, para ir adelante a pesar de todo. Todo su arte no consiste en pretender o soñar saber volar, es decir, en dominar el vacío, sino en concentrar sus fuerzas, la atención de su persona y su movimiento en estar en equilibrio sobre el hilo que lo sostiene.

También en la Orden, quien se concentra con sencillez y humildad en caminar sobre el hilo que lo lleva, va hacia delante y puede llegar lejos. Sin embargo, quien se siente demasiado seguro y tiene la pretensión de que sabe volar, no progresa y, antes o después, cae como Ícaro. “¡Quien cree estar en pie, como nos dice san Pablo, tenga cuidado de no caer!” (1 Cor 10,12).

El sentido del vértigo, el miedo al vacío que teme que el hilo no resista, o que no sea posible continuar adelante caminando sobre él, crecieron en mí en el transcurso del año pasado, a causa de ciertas situaciones en la Orden que, desgraciadamente, ya no se consiguieron solucionar. Ciertamente, el testimonio de Benedicto XVI y del Papa Francisco fue y es un gran consuelo para todos. Pero me daba cuenta que la angustia de un cierto vacío estaba ganando mi corazón.

La palabra del Esposo

En Tierra Santa, desde los primeros días en Jerusalén, especialmente en la basílica del Santo Sepulcro, la emoción ha sido intensa en mí. Al mismo tiempo, cuando más visitaba los lugares más sagrados del cristianismo más debía reconocer que no era verdaderamente consciente de lo que representan, y de los acontecimientos que allí acontecieron. Que Cristo murió allí, que allí fue sepultado y allí resucitó, que allí se encontró con la Magdalena y las otras mujeres, que allí llegaron corriendo Pedro y Juan... Sentía que el Señor me quería dar algo más que unas simples emociones.

La mañana del tercer día, después de haber celebrado la Eucaristía de las cuatro y media en la Tumba de Cristo, fui hacia el Calvario para rezar las Vigilias. Ya había gente, y las Misas y los grupos se sucedían también aquí. Conseguí sentarme en un ángulo, a la derecha del hermoso Crucifijo del Calvario, cerca del icono de la Virgen que está al lado de la Cruz. En aquellos días del tiempo de Navidad el primer Nocturno del Oficio monástico ofrecía la lectura del Cantar de los Cantares. Una frase me emocionó profundamente, como si me la dijera el mismo Jesús desde la Cruz: “¡Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!” (Ct 4,9).¹

¹ En las diferentes lenguas hay diversas traducciones interpretativas de esta palabra del Cantar de los Cantares. La traducción literal del texto hebreo es: “Tú has cogido mi corazón, hermana mía, o joven esposa, tú has cogido mi corazón con uno solo de tus ojos”.

De repente me di cuenta que Cristo nos dice todo en esta frase del Cantar de los Cantares, y describe todo cuánto Él se nos da y nos pide. En aquella frase estaba el secreto de la posición justa ante Él, de la verdadera consideración de su misterio, visitando también cada lugar en el que Él ha vivido. En aquella frase percibí la síntesis del Evangelio, del misterio cristiano, y lo esencial de nuestra vocación de bautizados, de monjes y de monjas.

Coger el Corazón de Cristo

En efecto, ¿qué nos dice el Señor a través de esta palabra del esposo a la esposa del Cantar de los Cantares? Nos dice que se nos da su Corazón; que su Corazón se deja coger, aún más “robar”. Y el precio de este don inmenso, sin medida – ¿qué puede haber para nosotros más grande e importante que poseer el Corazón de Dios?! –, es una sencilla mirada, mi mirada, nuestra mirada: “¡Tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!”.

Una sola mirada le basta a Jesús para dejarnos coger su Corazón, es decir, su amor, su vida. Basta una mirada, un sencillito instante de atención hacia Él, dirigido a Él, y su respuesta es el don de su Corazón. Nos lo da, nos lo deja: ¡es nuestro! Y esto quiere decir que podemos vivir con su Corazón, amar con su Corazón, rezar con su Corazón, pensar con su Corazón, gozar y sufrir con su Corazón.

Enseguida me vino a la mente la palabra del profeta Zacarías citada por Juan después de la herida del costado: “Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,37; Zc 12,10). Rápidamente después de su muerte, Jesús se ha dejado robar el Corazón incluso por los soldados que lo habían torturado y crucificado. No hay límite, no hay exclusión en la gratuidad del don a todos del Corazón de Cristo.

El costado está abierto, el Corazón es accesible, a nuestra disposición; la herida es tan larga que podría entrar la gruesa mano de pescador del incrédulo Tomás (cfr. Jn 20,27). Cristo desea que cojamos su Corazón, ha venido para esto, ha vivido para esto, ha muerto y ha resucitado para esto. Entonces descubrimos que todo en nuestra vida sucede para atraer nuestra mirada hacia Él y su Corazón dentro de nosotros.

Con esta frase, Cristo confiesa su amor loco por cada criatura humana. Todo el Evangelio, y toda la historia de la mística cristiana, no hace otra cosa que ilustrar de qué modo el Señor ha encarnado y expresado en toda ocasión su pasión por el hombre, sin reservas en el don de sí mismo. Todos los encuentros con Cristo, todas las miradas hacia Él en el Evangelio, son como desenmarañar este versículo del Cantar. Pero también las experiencias y los testimonios escritos de nuestros padres y madres cistercienses, y, en particular, de místicas como Lutgarda, Matilde, Gertrudis, son una ilustración viva de este misterio.

¿No deberíamos también nosotros poner en el centro de nuestra vida, de nuestra vocación, el encuentro con Jesús hasta el culmen del don de su Corazón a nuestra miseria? En Jerusalén me vino a la mente la etimología agustiniana del término latino “*miseriordia*”: “*miseris cor dare*”, dar el corazón a los míseros. Esto es lo que hace

Dios, lo que Dios quiere hacer, en el Hijo crucificado y resucitado. Y no es sólo una metáfora, una imagen sentimental y piadosa. En Cristo todo el Cantar de los Cantares, como poema de la pasión amorosa entre el hombre y la mujer, se ha convertido en un acontecimiento real entre el Corazón de Dios y el corazón del hombre, entre Cristo y el alma. Él, nos da verdaderamente su Corazón, nos lo da como fuente de vida, nos lo da real y sacramentalmente en la Eucaristía. La Eucaristía, como el corazón humano, es un misterio de Carne y de Sangre ofrecidos para dar vida a todo el cuerpo de la Iglesia. San Pablo ha descrito a los Gálatas la experiencia de este misterio: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y esta vida, que vivo en el cuerpo, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gál 2,20).

La vida cristiana, la podríamos definir como un vivir con el Corazón de Cristo, es decir, una vida en la que Jesús, a través del bautismo y la gracia del Espíritu Santo, se convierte en el sujeto interior nuevo de la existencia humana, más nosotros que nosotros mismos, porque somos “creados en Jesucristo” (Ef 2,10). Cuando Pablo escribe a los Efesios que Cristo habita en nuestros corazones por medio de la fe (cfr. Ef 3,17), o nos invita a tener los mismos sentimientos de Jesucristo (cfr. Fil 2,5), es como si describiese el don del Corazón de Cristo que está hecho para vivir en nosotros.

El foco de la conversión

Este misterio es el foco de la verdadera y constante conversión cristiana. El Espíritu nos transforma no solo porque nos concede comportarnos bien, hacer obras buenas, amar, poseer varias virtudes. Todo esto no es más que la consecuencia y la irradiación de un acontecimiento interior por el que se nos da poder vivir con el Corazón de Cristo. Esta conciencia es la que comienza la conversión, la vida nueva, una relación nueva con todos y con todo. El hombre nuevo que el Espíritu forma en nosotros (Ef 4,23-24; Col 3,10) nace de un corazón nuevo, el corazón de carne que Dios pone en lugar del corazón de piedra (Ezequiel 36,26-27). Pero este corazón de carne animado por el Espíritu de Dios es, ante todo, el Corazón de Cristo, el Corazón que la misericordiosa gracia del Padre pone en nosotros a través del Espíritu de modo que el Hijo viva en nosotros.

Nuestros antiguos padres y madres cistercienses tenían un fuerte sentido de esta mística cristológica que para ellos era el alma de nuestra vocación cristiana y monástica. Con frecuencia creemos que la santidad y radicalidad con la que vivían la vocación se debía ante todo a su excepcional fuerza y virtud. Pero la razón más profunda radicaba en la profundidad de su relación con el Señor, es decir, en la mística sponsal con la que vivían unidos a Él. Por esto, el Cantar de los Cantares era el libro bíblico preferido por ellos, porque estimulaba y describía la experiencia interior que irradiaban en toda su vida.

La verdadera crisis de la vida cristiana, y de la vida monástica y religiosa, no es tanto una crisis de las formas, sino de la sustancia. Vivimos disipados no tanto porque carecemos de virtud, de disciplina, de coherencia, sino porque carecemos de experiencia mística en nuestra relación con Cristo.

Como para excusarnos, situamos la mística cristiana en la estratosfera, como si fuese solamente una tarea de ángeles o de hombres y mujeres angélicos, que no tienen los pies en la tierra. Sin embargo, la mística cristiana no es otra cosa que la posibilidad inaudita pero real de robar el Corazón de Dios y vivir con este Corazón nuestra existencia de cada día. La posibilidad de esta experiencia es real, es, además, inmediata, no por nuestra virtud, sino por la misericordia de un Dios que se ha hecho hombre y ha muerto por esto, para poner su propio Corazón ante nuestra mirada de pecadores, y dejárselo robar por ella.

La conversión de nuestra vida debe siempre renacer de la sorpresa de esta posibilidad de relación íntima con el Señor. Una relación íntima que no es intimista, porque si Cristo nos da su Corazón, no es posible que este Corazón viva en nosotros sin transmitirnos su amor universal, sin comunicarnos su darse a todos, su amar y perdonar a todos y, sobre todo, a quien no amamos, a veces a nosotros mismos, hasta el más desagradable de nuestros “enemigos”. Cuanto más íntimo se nos hace el Corazón de Cristo, más nos concede alcanzar, como diría el Papa Francisco, las periferias extremas de quien no es amado, en nuestra comunidad y en el mundo.

Volver a la fuente de la vida

Pero la palabra del Esposo del Cantar de los Cantares, “¡Tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!”, nos hace comprender que esta conversión se juega en la fuente del don del Corazón de Cristo acogido con una sola de nuestras miradas. Para que nuestra vida cambie a imagen del amor universal y misericordioso de Dios, no se nos pide tanto un trabajo basado en nuestras tareas, en nuestra generosidad, como una de nuestras miradas única a la que Dios da el poder de robarle el Corazón. Es necesario volver ahí, a esta “única cosa necesaria”, a esta “parte mejor” de nuestra vida y vocación, de otra forma nos afanamos y agitamos en vano (cfr. Lc 10,41-42).

San Benito, en el capítulo 49 de la Regla, donde trata de la Cuaresma, nos dice en síntesis que la Cuaresma es el tiempo en el que volvemos a la verdad y pureza de nuestra vocación. No es un tiempo para hacer más, sino para encontrar las bisagras esenciales de nuestra vida monástica y cristiana. Es un tiempo en el que se vuelve a la fuente. Y sabemos que san Benito afirma que deberíamos vivir siempre así (cfr. RB 49,1). Quizá aquello que debería ser vivido siempre así, como en Cuaresma, no es tanto la observancia ascética y penitencial, sino la decisión de “volver” sobre todo a las fuentes de nuestra vida en Cristo. El monje, la monja, debería ser en la Iglesia el signo de que la vuelta a la fuente siempre es posible, que la conversión puede siempre volver a comenzar. No es importante preocuparse por dar testimonio de gran santidad y ascesis, porque esto es gracia, sino de dar siempre testimonio de que la vuelta a lo esencial, a lo que da la vida, es siempre posible, y, en el fondo, sencillo, porque precisamente a Cristo le basta “una sola de nuestras miradas”. Ya la vida nueva, la vida resucitada, reside toda en el don de su Corazón, que coincide con el don del Espíritu que grita en nosotros “¡Abba, Padre!” (cfr. Gal 4,6).

Esta es la verdadera Pascua de la vida personal y comunitaria, y de la vida del mundo, el Pentecostés permanente del misterio de la Iglesia y del carisma al que pertenecemos.

¿Nos ayudamos mutuamente a ofrecer a Cristo esa única, pobre y humilde de nuestras miradas que acoge de Él el don más grande? ¿La vida de oración y la vida fraterna de nuestra comunidad, y de cada uno de nosotros en la comunidad, nos educa para esto? ¿Nos recuerda esta gracia? ¿Tenemos en nuestra jornada y en nuestro corazón el tiempo y el silencio necesarios para corresponder con nuestra mirada al Señor crucificado y resucitado que nos da su Corazón, su vida, su amor divino, filial y fraterno? ¿Nos damos cuenta que también cada hermano y hermana con quien nos encontramos, sobre todo quien es más mísero, es siempre el mismo Jesús que mendiga al menos una mirada para darnos su Corazón?

Estas son las preguntas que deberíamos plantearnos como prioridad, antes que todos los problemas que pensamos tener que resolver. Me lo digo primeramente a mí mismo, pero veo en todas partes que es importante para todos.

Es lo que afirma con fuerza el Papa Francisco en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, especialmente en los párrafos 264-267: “Necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos (...) ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! (...) Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás” (§ 264).

Cada monasterio está también llamado a evangelizar el mundo, pero está llamado sobre todo a dar testimonio vivo de la fuente de toda evangelización que es la comunión con el Corazón de Cristo, sediento por salvar el mundo.

Queridos, esto es lo que sencillamente quería comunicaros por ahora sobre esta conciencia que he traído de mi peregrinación a Tierra Santa. Deseo profundizarla en los Capítulos del próximo Curso de Formación Monástica. Mientras tanto, durante esta Cuaresma y en la alegría de la Pascua, quedamos unidos en el deseo de ofrecer a Cristo la única mirada que roba, posee y comparte con todos el don infinito de su Corazón!

Vuestro,



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist